

te, tomándole debajo de tu proteccion, para que te sirva en la tierra y despues te goce en el cielo. Amen.

4. Finalmente, ponderaré como acabadas estas dos oraciones, san Estéban durmió en el Señor (1): morir en el Señor, es morir dentro de Cristo unido con él por fe viva con caridad, como mueren los santos Confesores, ó morir por la confesion de Cristo, como mueren tambien los Mártires, y ambas muertes son dichosas, porque *es preciosa en la presencia del Señor la muerte de sus santos* (2). Y, como dijo la voz del cielo al bienaventurado san Juan, *son bienaventurados los muertos que mueren en el Señor, porque desde luego dice el Espíritu Santo que descansen de sus trabajos, por cuanto les siguen sus obras* (3), que es decir: Los que mueren en el Señor, luego en muriendo se pueden llamar bienaventurados, porque despues que Cristo murió, si no tienen algo que purgar, ya están para ellos abiertas las puertas del cielo, y el Espíritu Santo, de que están llenos, quiere que su muerte sea fin de todos sus trabajos, y principio de sus eternos descansos, porque las obras que hicieron en vida, con las cuales se aparejaron para la muerte, les acompañarán con grande honra hasta el cielo.

5. Tal fué la muerte del gloriosísimo Estéban que murió en Cristo y por Cristo; el cual desde el cielo, donde se le apareció en la batalla, vino por él con millares de Ángeles celebrando su victoria. Y el que poco antes era de los hombres aclamado por blasfemo, ya es de los Ángeles aclamado por santo; y el que fué apedreado con piedras dolorosas, es coronado de piedras preciosas, recibiendo la corona que su nombre significaba. Subió acompañado de sus esclarecidas obras, por las cuales fué honrado y alabado de Cristo nuestro Señor delante de su Padre, y colocado en un trono muy alto entre los Serafines, adonde vió con la lumbre de gloria claramente la divina esencia, y bebió hasta hartar del copiosísimo arroyo de los deleites celestiales, sin temor de jamás perderlos. ¡Oh dichosos trabajos, cuyo fin son eternos descansos! ¡Oh dulces piedras, que fabricaron corona tan preciosa! ¡Oh preciosa muerte, que es principio de tan eterna y gloriosa vida! Muera, Señor, mi alma la muerte de este justo, y sea mi vida tal, que merezca tal muerte, y aparejeme para ella con tal disposicion, que mis postrimerias sean semejantes á las tuyas (4), subiendo á gozar de tí, acompañado de esclarecidas obras y de grandes trabajos, padecidos por la justicia para tu mayor gloria. Amen.

(1) Act. vii, 59.—(2) Psalm. cxv, 15.—(3) Apoc. xiv, 13.—(4) Num. xxiii, 10.

MEDITACION XXIX.

DE LA APARICION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Á SAULO, Y DE SU MARAVILLOSA CONVERSION.

—La conversion de san Pablo sucedió despues del martirio de san Estéban, sucediéndole tambien en el oficio de predicador de Cristo, porque las trazas de los hombres no pueden prevalecer contra Dios, y si ellos quitan de por medio el predicador que les hace guerra, el Espíritu Santo levanta otro que se la haga muy mayor, como la hizo san Pablo.—

PUNTO PRIMERO.—1. *Saulo, todavía furioso en amenazar de muerte á los discipulos del Señor, fué al príncipe de los sacerdotes, y pidióle cartas para las sinagogas de Damasco, para que si hallase allí algunos hombres y mujeres que siguiesen la ley de Cristo, los trajese presos á Jerusalem* (1). Por fundamento de esta meditacion se ha de considerar cuán gran pecador fué Saulo, el cual desde mozo tuvo entrañado en su corazon el aborrecimiento de Cristo nuestro Señor, y de su santa ley, pareciéndole, con ignorancia y falso celo, que agradaba á Dios en perseguirle. Y de aquí procedió hallarse á la muerte de san Estéban, guardar las ropas de los que le apedreaban, consentir en su muerte, saboreándose en verle apedrear, por quitar la vida al que volvía por la fe, que tanto aborrecia. Luego fué creciendo tanto su odio, que dice de él el evangelista san Lucas, *devastabat Ecclesiam, que destruía la Iglesia* (2), entrándose por las casas, sacando hombres y mujeres, y llevándolos á la cárcel. De modo, que por haber sido de la tribu de Benjamin, le cuadra bien lo que dijo Jacob: *Benjamin, lobo robador, á la mañana comerá lo que robó, y á la tarde dividirá los despojos* (3), porque desde la mañana de su mocedad, todo el dia, mañana y tarde, como lobo, perseguía las ovejas de Cristo, *usque ad mortem*, hasta matarlas y despedazarlas; y pareciéndole poco perseguir á las que estaban en Jerusalem, pidió licencia y facultad al príncipe de los sacerdotes para ir á Damasco, y traer presos á todos los que allí seguian á Cristo, con deseo de hundirlos; cumpliéndose en él lo que dice David: *La soberbia de los que te aborrecen siempre crece* (4).

2. Luego ponderaré las causas por que nuestro Señor permitió todo esto. La primera fué, porque pretendia hacerle grande santo,

(1) Act. ix, 1.—(2) Act. viii, 3.—(3) Genes. xlix, 27.—(4) Psalm. lxxiii, 23.

y levantar en él una torre de altísima perfección sobre cimientos muy hondos de profundísima humildad, los cuales se sacan con el conocimiento de los pecados pasados; y así lo hizo san Pablo, el cual por esta causa decía de sí, que era el primero de los pecadores, porque había sido blasfemo, perseguidor é injuriador de Cristo (1), y que era el mínimo de los Apóstoles, indigno de ser llamado apóstol, porque había perseguido la Iglesia de Dios (2). De cuyo ejemplo aprenderé á sacar este grande provecho de los pecados que he cometido, pues por esto dice el Espíritu Santo, que *es mejor la maldad del varon que la mujer que obra bien* (3), porque los varones ferrosos suelen de sus pecados sacar motivos para crecer en grandes virtudes, especialmente de humildad para consigo, y de caridad para con Dios, que los perdonó; y al contrario, los tibios de sus buenas obras sacan vanidad y presuncion.

3. La segunda causa fué, para que Cristo nuestro Señor mostrase en Saulo las inestimables riquezas de su gracia y sus infinitas virtudes y perfecciones. Mostró su caridad en amar al que tanto le aborrecia; su bondad en llamar al que huía de él; su omnipotencia en ablandar un corazon tan endurecido; su paciencia en sufrir y esperar al que tanto le perseguía; su misericordia en admitirle á penitencia y librarle de tantas miserias; y la eficacia de su gracia en llenar de excelentes virtudes al que estaba lleno de abominables vicios. Y así dice el santo Apóstol, que en él mostró Cristo principalmente toda su paciencia (4), para ejemplo de los que habian de creer y alcanzar la vida eterna; y como mostró en Saulo mas que en otros pecadores toda su paciencia, esto es su perfectísima paciencia, así tambien mostró toda su caridad, bondad y misericordia, liberalidad y omnipotencia. Y como viviendo en la tierra, mostró estas virtudes con la Magdalena, Mateo, Zaqueo y otros pecadores, así despues de subido al cielo, principalmente las mostró con Saulo, para que entendamos, que siempre es el mismo en amar á los pecadores y hacerles bien; y por consiguiente, que siempre podemos confiar de alcanzar perdon de nuestros pecados, y mudanza de nuestras costumbres, pues no le falta caridad, ni bondad, ni misericordia, ni poder para hacerlo.

4. La tercera causa fué, para que un mismo Saulo nos fuese escarmiento y ejemplo, escarmentando en su caída, para no dejarnos llevar del natural brioso, ni del celo indiscreto, ni de la ira furiosa, coloreada con título de religion, porque nos despeñarán en pecados

(1) I Tim. 1, 13. — (2) I Cor. xv, 5. — (3) Eccli. xlii, 14. — (4) I Tim. 1, 16.

innumerables, añadiendo unos mayores que otros. Y por otra parte si cayéremos en ellos, procuremos convertirnos á Dios, tomando ejemplo de su conversion y mudanza, la cual fué de las maravillosas que Cristo obró para nuestra enseñanza; y con este espíritu se ha de meditar y ponderar.

PUNTO SEGUNDO.—1. *Yendo por su camino, y acercándose á Damasco, subitamente resplandeció al rededor de él una luz del cielo; y cayendo en la tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues* (1)? Aquí se ha de ponderar, lo primero, la infinita caridad de Cristo nuestro Señor, que estando en su trono celestial sentado á la diestra del Padre, no se desdeñó de venir á la tierra, y aparecerse á su mismo perseguidor, como se apareció despues de su resurreccion á san Pedro y Santiago, y á otros (2), como el mismo san Pablo lo testifica, diciendo: *Novissime omnium tamquam abortivo visus est et mihi: despues que Cristo hizo todas sus apariciones, últimamente se me apareció como abortivo que nace fuera de tiempo y con violencia, y sale desmedrado, porque yo soy el menor de los Apóstoles* (3). Y esta aparicion fué mayor señal de la caridad de Cristo que las otras, porque las otras hiciéronse á sus amigos y á los discípulos que le buscaban y deseaban ver; pero esta fué á su enemigo que le perseguía, y deseaba hundir su nombre y el de todos sus discípulos. Cumpliendo aquí este buen Pastor lo que había dicho: que dejando las noventa y nueve ovejas en el desierto, baja en persona á buscar esta oveja perdida, con el amor que vino á buscar las otras. ¡Oh fuego infinito de la caridad, que ardes en el corazon de Jesús, y no puedes encubrirte, antes echas cada día nuevas llamaradas para encender á todos en tu amor! Grande amor fué el que mostraste en dejarte hallar de los que no te buscaban, y en aparecerse á los que no preguntaban por tí (4); pero este día pasas mucho mas adelante, apareciéndote al que te aborrecia, y mostrándote al que con terrible furor te perseguía. Y en lugar de rodearle con fuego que abrasase su cuerpo, le rodeas de luz que convierta su alma. Gracias te doy, amantísimo Jesús, por las muestras que das de tu amor; alumbrá mi alma para que las conozca, de modo que tenga parte en ellas. Amen.

2. *Propiedades de las ilustraciones celestiales.*—Lo segundo, ponderaré las propiedades de esta luz del cielo que rodeó á Saulo, por las cuales se conocen las propiedades de la luz interior, que con su ilustracion infunde nuestro Señor á los pecadores, para que se con-

(1) Act. ix, 3.—(2) D. Thom. 3 p. q. 57, art. 6.—(3) I Cor. xv, 8.—(4) Rom. x, 20.

viertan. La primera es, que vino de repente, como relámpago, cuando Saulo menos la esperaba, y aun cuando menos la merecía, porque suele nuestro Señor enviar estas ilustraciones, cuando estamos mas olvidados de él, y aun cuando por nuestra dureza somos mas indignos de ellas (1). Ó Dios omnipotentísimo, que escondes la luz en tus manos, y despues la mandas salir, y das noticia y posesion de ella á tus amigos; ¿con qué te pagaremos la infinita caridad que muestras en dar tambien alguna parte de ella á tus enemigos, haciéndola salir de repente para convertirlos en amigos? Mándala, Señor, que salga y alumbré lo secreto de mi corazon, para que le arranque de lo terreno, y le traspase á lo celestial y eterno.

3. La segunda propiedad fué, que atajó á Saulo los pasos que llevaba. Y al tiempo que estaba cerca de Damasco, que significa sangre, con deseo de ejecutar sus propósitos sangrientos, le derribó en tierra, humillando su soberbia y deteniendo la corriente de su ira. De suerte, que aunque Dios nuestro Señor, como él lo dice por Oseas, ataja los pasos de otros pecadores, cercando su camino de espinas (2), trayéndolos á sí con fuerza de trabajos; mas á Saulo atajóle los pasos con cerco de luz, trayéndole con blandura de regalos. Y ponderó el mismo Apóstol, contando su conversión, que era mediodía cuando le cercó esta luz copiosa (3), para significar, que cuando habia llegado su furor á lo mas crecido de la maldad y soberbia, entonces le detuvo Cristo nuestro Señor, el cual como al mediodía subió en la cruz, mostrando el fervoroso amor que nos tenia; así quiso venir á mediodía á convertir á Saulo, y cercarle con su copiosa luz, mostrando en esto el amor particular que le tenia; por lo cual pudo decir de sí mismo: *Vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó, y se entregó á la muerte por mí* (4).

4. Por donde consta que es propio de la divina ilustracion atajar los pasos del pecador, haciéndole cesar de sus pecados, y que no pase adelante en sus propósitos, ni los ponga por obra; mas cuando los propósitos están muy arraigados, es menester que la luz sea muy copiosa. ¡Oh dichoso Saulo, á quien cercó tan copiosa luz del cielo! bien podeis decir en esta coyuntura lo que dijo David: *Si el Señor no me ayudara y previniera con su ayuda, muy cerca del infierno estuviera mi alma* (5); porque los pasos que llevábais hacia Damasco presto la hundieran en el profundo del infierno. Suplicad al Señor que atajó vuestros pasos, me dé una luz tan grande

(1) Job, xxxvi, 32. — (2) C. ii, 6. — (3) Act. xxii, 6.

(4) Galat. ii, 20. — (5) Psalm. xciii, 1.

que ataje los míos, humillando mi altivez, enfrenando mi ira, y co-siéndome con la tierra, para que vuelva sobre mí, y del todo me convierta á Dios. Ó Dios de mi alma, aunque cerques mis caminos con espinas, es menester que tambien los cerques con tu luz para que me convierta á tí: no me falte, Señor, esta segunda cerca, porque no falte mi perfecta conversion.

5. La tercera propiedad fué, que cercó á Saulo al rededor, por alto y bajo, y á un lado y otro, de modo que ninguna cosa veía si no era por esta luz, para significar que la luz celestial, cuando es perfecta, cerca al hombre por todas partes. De suerte que no mire sino con ella y por ella, contemplando las cosas celestiales, sin resquicio para mirar las terrenas, si no es en orden á las eternas. Ó lumbre verdadera, que alumbras á todo hombre que viene á este mundo, cercame con este cerco de luz, para que no mire con vana complacencia las cosas de la tierra, sino solamente las del cielo.

6. Últimamente, se ha de ponderar las palabras que Cristo nuestro Señor dijo á Saulo, en las cuales resplandece su amor por muchas vías. Lo uno, porque queriendo reprender á Saulo, no lo reprende con aspereza, ni con palabras pesadas, sino con grande amor y blandura. Llámale dos veces Saulo, Saulo, en señal de que le amaba y conocia por su nombre propio, y para avivarle mas y hacerle atender á lo que le queria decir. Y lo que le dijo es: *¿Por qué me persigues?* que fué decir, ¿qué causa tienes para perseguirme? dímelas, que yo te satisfaré; y si no la tienes, ¿por qué me persigues sin causa? ¡Oh amor inmenso de nuestro Criador, que se pone á entrar en cuenta y razon con tan vil criatura, y á pedirle por qué le persigue, pudiendo con su palabra aniquilarle!

7. Tambien muestra el amor en que la persecucion de sus discípulos la toma por suya; y porque Saulo les perseguia, se queja de que le persigue. Y el que en la cruz no habló, quejándose de los que le perseguian en su propia persona, ahora habla quejándose del que le persigue en los suyos, doliéndose mas del trabajo de ellos que del suyo. ¿Quién no te amará, amantísimo Jesús, pues así amas á los que te aman? ¿quién se atreverá á perseguir á tus siervos, pues perseguir á éstos es perseguirte á tí?—De aquí sacaré, como es propio del buen Espíritu, cuando habla al corazon del pecador con sus inspiraciones, acompañadas de la luz del cielo, reprenderle el mal que hace, para que se confunda, y decirle interiormente: *Hombre, hombre, ¿por qué me persigues?* Ó alma mia, si conocieses quién es el que te habla y es perseguido de tí, y quién eres tú

que le persigues, y la causa y razon ó sinrazon porque le persigues con tus pecados, sin duda te avergonzarias de lo que haces, y cesarias de perseguir al que debieras seguir y servir. Estas tres cosas descubrió nuestro Señor á Saulo, como luego veremos.

PUNTO TERCERO.—*Conocimiento de Dios y de sí mismo.*—1. Dijo Saulo: ¿Quién eres, Señor? Respondió: Yo soy Jesús Nazareno á quien tú persigues; dura cosa es para tí dar coces contra el aguijon. Aquí se ha de considerar el modo como nuestro Señor fué ilustrando á Saulo con su luz, no de un golpe, sino por sus grados, inspirándole que hiciese algunas preguntas, y dándole sus respuestas, en las cuales, como en semilla, está toda la perfeccion cristiana. Lo primero, con la luz del cielo le infundió nuestro Señor un gran deseo de conocer y saber quién era el que le hablaba, porque es propio de los que tratan con Dios y han recibido alguna luz suya, desear luego fervorosamente conocerle mucho mas, porque la vida eterna está en conocer á Dios vivo y verdadero, y á su Hijo unigénito Jesucristo (1); y así con este deseo dijo Saulo: Señor, ¿quién eres? como quien dice: Descúbreme claramente quién eres, para que sepa á quién persigo, y cese de hacer el mal que hago. Y llámame Señor, por el gran respeto que tuvo á la grandeza y majestad del que le hablaba.

2. Respondiendo Cristo nuestro Señor á esta pregunta, le enseñó mas de lo que le preguntaba, porque le declaró quién era el perseguido y el perseguidor, diciéndole: Yo soy Jesús Nazareno á quien tú persigues, que fué decir: ¿Quiéres saber quién soy yo? yo soy Jesús, salvador del mismo que me ofende y persigue: ¿y quiéres saber quién eres tú? eres perseguidor del mismo Salvador que desea salvarte y santificarte. Por donde se ve como es propio de Cristo nuestro Señor, con su luz celestial enseñarnos juntamente quién es Dios y quién es el hombre; quién es Jesús para con el pecador, y quién es el pecador para con Jesús; porque estos dos conocimientos andan juntos, y se ayudan mucho, porque comparando lo uno con lo otro, campea mas la grandeza y la bondad y caridad de Dios nuestro Salvador, y tambien la vileza y la maldad é ingratitud del hombre pecador; porque ¿á dónde puede subir mas la bondad que á ser salvador del mismo que le persigue? ¿y á dónde puede llegar mas la maldad que á ser perseguidor del mismo que le salva?

3. *Cinco excelencias del Salvador.*—En estas dos cosas, tengo de ahondar mucho, como lo hizo toda la vida el apóstol san Pablo, á

(1) Joan. xvii, 3.

quien se le imprimieron tanto estas palabras, que siempre traia en su corazon y en su lengua á Jesús, predicando la excelencia de su persona, la obra que hizo de nuestra redencion, el motivo que tuvo para ella, el precio que le costó, y las inestimables riquezas que nos ganó, juntando esto con su bajeza y miseria, y con la ingratitud y maldad del que ofende á tan excelente Salvador, que le redimió de pura misericordia con el precio de su sangre, ganándole tesoros infinitos de gracia y gloria. Ó amantísimo Jesús, *noverim me, et noverim te*: conózcame á mí, y conózcate á tí. Conózcame á mí para que me aborrezca y desprecie, y castigue en mí las maldades que he cometido; y conózcate á tí para que te ame y alabe, obedezca y sirva, por las innumerables mercedes que de tí he recibido. Ó glorioso Apóstol, alcanzadme de vuestro Amado algun rayo de luz celestial, para que conozca quién ha sido y es Jesús para conmigo, y quién he sido y soy yo para con él, porque ilustrado con esta luz, comience de nuevo á amar lo que aborrecia, y aborrecer lo que antes amaba, imitándoos á vos, como vos imitásteis á Cristo nuestro Señor.

4. Finalmente, ponderaré aquella palabra: *Dura cosa es para tí tirar coces contra el aguijon*; que es decir: Así como quien tira coces contra el aguijon, no hace daño al aguijon, sino á sí mismo, y cuanto con mayor fuerza tira las coces, tanto recibe mayor herida; así tambien quien resiste á Dios y á la inspiracion con que nos aguija y solicita á servirle, no hace daño á Dios sino á sí mismo; y cuanto mas le resiste, tanto mayor daño recibe. Ó alma mia, mira lo que haces cuando resistes á la voluntad de Dios y á su santa inspiracion; aunque es verdad que le haces grave injuria, pero no le haces ningun daño en su persona; á tí misma haces gravísimo daño, porque con esa resistencia te haces toda sangre, manchándote con culpas y obligándote á terribles penas. Vuelve sobre tí, y sigue los dulces agujones de su inspiracion, haciendo lo que te inspira y cumpliendo lo que te manda, porque cuanto es dura cosa el resistirle, tanto es dulce el obedecerle.

PUNTO CUARTO.—1. *Temblando y pasmado, dijo: Señor, ¿qué quieres que haga? Díjole el Señor: Levántate, y entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que te conviene hacer.* Aquí se ha de considerar, lo primero, este temblor del cuerpo y el pasmo ó admiracion del alma que tuvo Saulo, causado de lo que había visto y oido, temblando por las injurias que había hecho á un tan grande Señor; y admirado y pasmado así de su ignorancia y atrevimiento, como de la bon-

dad y misericordia con que Dios le había sufrido, y venido del cielo á llamarle y desengañarle. Todos estos efectos suele obrar la luz del cielo en el alma del pecador á quien rodea, segun aquello de David, que dice: *Salieron sus resplandores y relámpagos por la redondez de la tierra; movióse y estremeciósela tierra* (1). Relámpagos son las divinas ilustraciones, con las cuales el pecador terreno ve muchas cosas que antes no veía. Ve la gravedad de su pecado, el castigo que ha merecido, la bondad de Dios que le ha sufrido, y las mercedes que le ha hecho. Y viendo estas cosas y otras, teme, tiembla y se estremece todo, y sale de sí con grande admiracion y espanto. Ó Dios eterno, enviad estos resplandores sobre la tierra de los infieles, y sobre las almas de todos los pecadores, para que vean y tiemblen, y salgan de su lugar, dejando sus pecados para servirnos con lealtad.

2. *Resignacion de la voluntad.*—Lo segundo, se ha de considerar aquella segunda pregunta que hizo Saulo, nacida de la abundancia de la luz interior, y de la perfectísima obediencia y sujecion con que se rindió á Cristo, diciéndole: *Domine, quid me vis facere?* Señor, ¿qué quieres que haga? como quien dice: Vesme aquí aparejado para hacer y padecer por tí lo que quisieres, así en castigo de los pecados pasados, como en agradecimiento de los beneficios presentes; manda y ordena lo que tuvieres por bien, que yo lo cumpliré. ¡Oh mudanza de la diestra del muy Alto! ¡Oh eficacia de la luz del cielo! ¿Quién otro que el omnipotente Dios pudiera obrar tan en breve tal mudanza (2)? ¿Qué otra luz, sino la del cielo, pudiera causar tan de repente tantos desengaños? El que antes aborrecia á Cristo, ya le ama; el que le tenia por destruidor de la ley, le tiene por dador de la ley á quien debe obedecer; el que le persigue se ofrece á seguirle y predicarle, aunque sea perseguido; y el que antes aferraba con su juicio y voluntad propia, ahora la deja y renuncia en la divina. Concédeme, ó buen Jesús, que con entera resignacion siempre diga á tí y á los que están en tu lugar: Señor, ¿qué quieres que haga? porque mi deseo es hacer lo que tú quisieres, y lo que por ellos me mandares. No quiero que tú me digas lo que dijiste al otro ciego, condescendiendo con su flaqueza: *Quid tibi vis faciam?* ¿qué quieres que yo haga contigo (3)? No me trates como imperfecto, condescendiendo con mi deseo, porque no es razon que yo traiga tu voluntad á la mía, sino que la mía siga á la tuya.

(1) Psalm. LXXVI, 19; xcvi, 4. — (2) D. Thom. 2, 2, q. 113, art. 10.

(3) Luc. xviii, 41.

3. Lo tercero, ponderaré la respuesta de Cristo nuestro Señor, el cual no quiso decirle en el camino y de paso las cosas que había de hacer, sino enviarle á la ciudad, para decirselas allí mas de asiento. Porque no quiere que cosas de tanta importancia como las de nuestra salvacion y de su gloria se oigan de paso. Y aunque en todo lugar y tiempo, de repente y en un momento arroje sus ilustraciones, como quien arroja la semilla en la tierra; mas para que lleve fruto sazonado, escoge lugar y tiempo conveniente, como lo hizo con Saulo, en la forma que veremos.

4. Finalmente, ponderaré que, como dice san Lucas: *Los varones que acompañaban á Saulo estaban pasmados oyendo la voz, sin ver á nadie* (1). En lo cual representa la alteza y profundidad de los divinos juicios, en la vocacion de los pecadores, porque yendo Saulo con muchos compañeros malos, y perseguidores de Cristo como él, y siendo él peor que todos ellos, con todo eso Dios nuestro Señor á él solo llamó con eficacia en esta ocasion, y le convirtió á su fe, y le admitió á su gracia y amistad, dejando á los otros; para que por una parte alabemos su bondad en el escogido, y temblemos de su justicia en los desechados; especialmente que el llamado no fué mas que un Saulo, y los desechados fueron muchos que le acompañaron; pero en lo uno y en lo otro hemos de venerar los juicios de Dios, y atajar las quejas que se levantaren en nuestro errado juicio contra él, diciendo lo que dijo el mismo Apóstol: *Ó hombre, ¿quién eres tú, para que pidas cuenta á Dios de lo que hace?* ¿Por ventura el ollero no tiene potestad para hacer de una masa un vaso de honra y otro de afrenta (2)? *Óh alteza de las riquezas de la sabiduria y ciencia de Dios, cuán incomprensibles son sus juicios, y cuán investigables sus caminos!* ¿Quién conoció lo que Dios siente? Ó ¿quién fué su consejero? y ¿quién le dió primero alguna cosa, para que se le deba algo? porque de él, por él y en él son todas las cosas, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen (3).

—De aquí procedió, que estos compañeros de Saulo oian la voz del mismo Saulo y lo que hablaba. Y vieron tambien algo del resplandor exterior que le cercó; pero como dijo el mismo Apóstol: *No vieron al que le hablaba, ni oyeron las palabras que le decia* (4); no llegó á sus oidos aquella voz: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? ni la otra: Yo soy Jesús Nazareno, á quien tú persigues; duro es para tí dar coces contra el aguijon; y así aunque se admiraron de ver á Saulo caido en tierra, y hablar lo que decia, pero no

(1) Act. ix, 1. — (2) Rom. ix, 20. — (3) Rom. xi, 33. — (4) Act. xxii, 9.

se trocaron por entonces ni se convirtieron, aunque de aquí pudieron tomar ocasion para hacerlo despues, como es creible que lo harian algunos, siguiendo el ejemplo del que tenian por capitán, y oyéndole decir lo que sucedió en este camino.—

MEDITACION XXX.

DE LO QUE SUCEDIÓ Á SAULO EN LOS TRES DIAS DESPUES DE ESTA APARICION, Y DE LA PLENITUD DEL ESPÍRITU SANTO QUE SE LE DIÓ.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Levantándose Saulo de la tierra, y teniendo los ojos abiertos, no veia, y llevándole sus compañeros por las manos, le metieron en Damasco* (1).—Lo primero, consideraré como Saulo, todo el tiempo que duró esta vision con sus coloquios, estuvo prostrado en tierra, á donde le derribó la luz del cielo para humillarle, y para que con mas reverencia viese y oyese lo que Cristo nuestro Señor le decia; y con la caída tambien le enflaqueció y debilitó el cuerpo, como suele suceder en tales visiones y sucedió á Daniel (2), para significar que la vista de las cosas gloriosas de Dios debilita los brios de la carne; y como Jacob, en viendo á Dios quedó cojo de un pié (3), así el que por la contemplacion ve las cosas eternas, queda debilitado en el amor de las cosas temporales. Ó Dios eterno, envia los rayos de tu luz sobre mi espíritu, para que se debiliten las pasiones furiosas de mi carne; derribame por humildad en el abismo de mi polvo y de mi nada, para que sea digno de levantarme á contemplar el abismo de tu divinidad y humanidad. Amen.

2. Lo segundo, se ha de ponderar como Saulo, en oyendo el mandato de Cristo nuestro Señor, que le dijo: *Surge*, levántate luego, como hijo de obediencia, se levantó, comenzando á cumplir lo que propuso, cuando dijo: Señor, ¿qué quieres que haga? Y no solo se levantó de la tierra corporalmente, sino tambien espiritualmente: *Surrexit de terra*, se levantó del cieno de sus errores y pecados, y despertó del profundo sueño en que habia estado, y resucitó á nueva vida, dejando las aficiones terrenas que tenian su corazón cosido con la tierra. De donde sacó el santo Apóstol el aviso que nos dió, cuando dijo: *Levántate tú que duermes, y resucita de entre los muertos, y alumbrante ha Cristo* (4). Ó alma mia, oye este consejo del Apóstol, sacado del libro de su propia experiencia, y levántate de la tierra en que estás caída por la culpa; despierta del sueño en

(1) Act. ix, 8; xxii, 11.—(2) Dan. x, 8.—(3) Genes. xxxii, 31.—(4) Ephes. v, 14.

que estás dormida por la tibieza; resucita á nueva vida, dejando las obras muertas, y Cristo tu Señor te alumbrará con la lumbré de su gracia, para que le veas despues con la lumbré de su gloria.

3. Lo tercero, se ha de ponderar como Saulo, teniendo los ojos abiertos no veia; lo cual dice él mismo que procedia de la mucha claridad de la luz que le cercó (1), para significar que la luz del cielo abre los ojos del alma, y cierra los ojos del cuerpo, porque es tanta la estima que pone de las cosas eternas, que quita las ganas de ver las cosas temporales. Y así los muy contemplativos aunque tienen ojos no ven, porque no usan de ellos curiosamente para ver cosas vanas, ni las que pueden enturbiarles la vista del alma. Ó lumbré celestial, ven y alumbrame mis ojos interiores, para que vean con tanta claridad á su Criador, que los ojos exteriores se cierren, para no mirar vanamente á las criaturas. Ó alma mia, cierra y mortifica la vista del cuerpo, para que aclare Dios en tí la vista del espíritu.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Estuvo allí tres dias sin ver, en los cuales no comió, ni bebió*. Lo primero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor detuvo tres dias á Saulo en la ciudad, dilatándole el bautismo y la plenitud del Espíritu Santo, para que en este tiempo se catequizase e industriase bien en los misterios de la fe, de la santísima Trinidad, y se aparejase para recibir el Bautismo, que se da en nombre de las tres divinas Personas. Y como Cristo nuestro Señor estuvo tres dias en el sepulcro, antes de resucitar glorioso, así quiso que este su Apóstol estuviese tres dias enterrado en el sepulcro de la contemplacion, antes de resucitar por el bautismo. Á los demás Apóstoles hizo esperar en la ciudad diez dias la venida del Espíritu Santo; á Saulo no mas que tres, porque quiso darse prisa á labrar este vaso, para servirse luego de él en su oficio.

2. Luego consideraré los ejercicios que en estos dias tuvo Saulo, para imitarle en lo que es imitable.—Lo primero, no vió en todo este tiempo con los ojos corporales; porque demás de la razon arriba dicha, la vista interior le quitaba la exterior.—Lo segundo, no comió ni bebió, porque el gusto y suspension del alma le hizo olvidar del manjar del cuerpo.—Lo tercero, oraba continuamente, como nuestro Señor lo dijo á Ananias: *Ecce enim orat*: mira que le hallarás orando. Con estos ejercicios se aparejó para el bautismo y para el apostolado, enseñándome con su ejemplo que estas tres cosas, modestia en la vista, ayuno riguroso y oracion continua, disponen para al-

(1) Act. xxii, 11.